

El tema de México en José Moreno Villa y Luis Cernuda

LUIS MIGUEL VICENTE

Acaso sean José Moreno Villa y Luis Cernuda dos de los escritores españoles exiliados en México que más comprometieron su pluma y su vida en tierras mexicanas. Amén de esta consagración compartida, el propósito de unir aquí a estos dos andaluces obedece a que, entre sus obras inspiradas en tema mexicano, hay una relación estrecha que no ha sido aún ponderada.

Sorprende hallar tantas similitudes temáticas en libros tan diversos, en cuanto al estilo, como *Cornucopia de México y Variaciones sobre tema mexicano*. Nada parece haber de casual en ello: Cernuda es un buen conocedor de la obra del malagueño. Este escribe *Cornucopia de México* (1940), casi una década antes de que Luis Cernuda pisara por primera vez tierra mexicana, en el verano de 1949. Será en el invierno de ese mismo año cuando comience a escribir *Variaciones sobre tema mexicano*, según confiesa más tarde en *Historial de un libro* (1958). Durante el otoño que media entre su llegada a México y el comienzo de *Variaciones sobre tema mexicano*, Cernuda pudo inspirarse, además de en lo que la experiencia mexicana le estaba deparando, en la lectura de la obra de Moreno Villa, que conocía muy bien, a juzgar por los artículos que Cernuda le dedicó, en especial uno muy breve con el título de "Reflejo de México en la obra de José Moreno Villa" (Cernuda, 1975: 1348-1403). En dicho artículo Cernuda da muestras de conocer a fondo no sólo *Cornucopia de México*, obra que califica, él tan poco dado al elogio, de "precioso librito," sino también la mayoría de la polifacética literatura de Moreno Villa inspirada en suelo mexicano, desde los "Poemas escritos en América," recogidos en el libro *La música que llevaba* (1949), hasta sus estudios más especializados como *La escultura colonial mexicana* (1942), o *Lo mexicano en las artes*

plásticas (1948). Sírvannos estos datos para que entre ambas obras, *Cornucopia de México*, de Moreno Villa, y *Variaciones sobre tema mexicano*, de Luis Cernuda, pueda suponerse una relación estrecha, definida por el influjo de la primera en la segunda. Sentadas estas bases, podemos abordar algunas semejanzas significativas entre ambos libros, y, al hilo de estas, podemos señalar también las diferencias que sostuvieron ambos escritores frente a un mismo aspecto de la vida mexicana. Su percepción de México revela mucho del perfil humano y artístico de estos dos andaluces, pero también reflejará, inevitablemente, el trauma que la guerra civil española había dejado en sus memorias. Por encima de sus diferencias personales, los dos habían dejado una España tercermundista y destrozada por la contienda, y esa imagen revive en la mente de los dos escritores en su primer contacto con México, para ser pronto sustituida por otra imagen: la del hallazgo de una segunda patria que les alivia de la sensación de destierro y de los ecos del fratricidio español de 1936.

Moreno Villa capta lo esencial de México y lo describe con el color y el detalle del pintor que era. Su prosa es realista aunque afectiva. Cernuda, en cambio, poetiza la realidad que contempla. México se integra de ese modo en dos universos de claves literarias y emocionales distintas: si Moreno Villa describe lo que le llama la atención del país azteca, con curiosidad casi costumbrista; Cernuda, en cambio, adapta la experiencia mexicana a los hilos más esenciales de su poesía, para obtener una prosa poética exquisita. Esto hace que en *Variaciones sobre tema mexicano* sólo aparezcan aquellos temas susceptibles por su naturaleza de ser “poéticos,” en tanto que en *Cornucopia de México* tiene cabida la más variopinta realidad mexicana, desde la cocina hasta el aspecto urbano de la ciudad de México, aunque, entre pinceladas sueltas, se encuentran aludidos también casi todos los temas que Cernuda trata: el parecido de México con la patria perdida, el paisaje mexicano, la lengua, el enigma del indio, su actitud contemplativa, su aceptación de la muerte, el amor a los símbolos sobrenaturales, la pobreza, los modales finos y corteses del mexicano, la sensación de estar en el seno de una civilización hispánica. Estos son temas que presiden ambas obras. De otra parte, la circunstancia común de españoles exiliados, de andaluces, “acaso sean los andaluces los más amigos de México, los que mejor lo entiendan,” escribía Cernuda; su pertenencia y contacto con el grupo poético del 27; el recuerdo de la Guerra Civil, y tantas otras circunstancias históricas como comparten ambos, acercan poderosamente lo que Villa y Cernuda captan de México. Pero, además, la comunidad de circunstancias se alarga en el destierro, ya que los dos han venido a México desde el país anglosajón vecino. De modo que los puntos de referencia, al observar algún aspecto llamativo de la vida mexicana, serán, de una parte España y de otra los Estados Unidos.

La primera impresión de ambos, al cruzar la frontera desde el Norte,

es muy negativa, “de repente cambia todo: el tren, el aspecto humano, el habla y el paisaje [. . .] desde el tren se recibe un golpe desanimador que no logra atenuar el oír que se hable castellano” (Moreno Villa, 1952:1), escribe Moreno Villa sobrecogido por el contraste primero con la América anglófona de donde viene. Esa misma frontera súbita y desalentadora es la que hiere el ánimo de Cernuda: “Apenas pasada la frontera, en el primer pueblo desastrado y polvoriento, donde viste aquellos niños pidiendo limosna, aquellas mozas con trajes y velos negros, comenzaron a despertar en ti, penosos, los recuerdos. Recuerdos de tu tierra, también, pobre y también grave” (Cernuda, 1975: 122). Vemos claro, desde el primer momento, que no se trata de un país cualquiera al que se llega en el exilio, sino de uno que despierta los recuerdos del propio, en principio más por la pobreza que por la lengua. El primer sentimiento de ambos es el terror de encontrar otra España idéntica, sin duda por los estigmas que la guerra había dejado en su espíritu. Pronto, sin embargo, se sobrepone en ambos, al recuerdo amargo de la patria, la calidez humana de una civilización familiar. Entonces México alivia la imagen de la “España esponja de sangre” (Moreno Villa, 1952:12) que recordaba Moreno Villa; y les reconcilia con lo esencial de su civilización hispánica, brindándoles el calor de una patria sin la pesadilla del genocidio español. Muchas líneas de uno y otro autor han reflejado ese sentir: Cernuda expresa claramente su descubrimiento: “En tierra bien distante, pasados los mares, hallas trazado aquí, con piedra, árbol y agua, un rinconcillo de la tuya, un rinconcillo andaluz. El aire dejeso y sutil que orea tu alma ¿no es aire de allá, no viene de allá?” (Cernuda, 1975:149). Ha sido un patio andaluz en suelo mexicano lo que, como la magdalena de Proust, desata los recuerdos. El poeta se reconoce entonces en una nueva realidad, vencido el desarraigo del destierro, en calma y armonía con una tierra que contiene lo mejor de la propia pérdida. El efecto de los dos mundos, España y México, se simboliza en la trayectoria personal de Cernuda que, del alambique de la realidad, siempre destila su verso más íntimo: “El hombre que tú eres se conoce así, al abrazar al niño que fue, y el existir único de los dos halla su raíz en un rinconcillo secreto y callado del mundo” (Cernuda, 1975:149). También Moreno Villa regresa a su Andalucía a través del recuerdo sugerido por algún aspecto de México, ya por el paisaje, ya por la arquitectura, ya por el tipo humano similar. Mientras conversa con su amigo Genaro Estrada, en Cuernavaca, el malagueño se maravilla del parecido de aquella tierra con la suya natal: “Contemplábamos el paisaje, que me recordaba mi Churriana, el de mi finca del campo” (Moreno Villa, 1976: 252). Moreno Villa recupera la ilusión al sentirse en México como en una España conservada, donde resulta incluso que “el mexicano es en algunas cosas más español que el español” (Moreno Villa, 1952: 33) y vuelve a sentirse como en casa: “En mi estudio nuevo, me siento como en

mi residencia de Madrid” (Moreno Villa, 1976: 252). Pero México era una España tan suave que hasta Moreno Villa, sediento de paz, necesitaba en ocasiones un poco de tensión para no olvidarse de la verdadera España:

La única diversión que me permitía por entonces, de vez en cuando, era ir al frontón. En Madrid no me acordaba de él; no lo necesitaba, porque toda España es como un inmenso frontón. Pero el ambiente comedido de México me exigía la compensación de este juego tirante y violento y ruidoso, tres condiciones de la vida española (Moreno Villa, 1976: 250).

Son un sinfín de detalles los que Moreno Villa y Cernuda elogian del país azteca. El trauma de la Guerra Civil española hace, sin duda, que ambos escritores encuentren, incluso en el modo de hablar mexicano, que éste ha conservado más puro su tono civilizado: “En México no existe el vocabulario soez que en España. En la conversación corriente de los hombres no se oyen esos furibundos y variadísimos *tacos* del hombre ibero. Aquí se conversa sin congestión, suavemente” (Moreno Villa, 1952: 42). Para los dos escritores, España había quedado asociada a la violencia y pobreza de la España de la Guerra Civil. Pero si la frontera mexicana les trajo la memoria de la pobreza española, ningún aspecto de la vida mexicana les recordó la violencia de la contienda española; de modo que pronto, conforme superan el trauma con que cruzan la frontera, México se convierte en el “centro” de sus vidas, como confiesa el errante Cernuda:

Por unos días hallaste en aquella tierra tu centro, que las almas también tienen, a su manera, centro en la tierra. El sentimiento de ser un extraño, que durante tiempo atrás te perseguía por los lugares donde viviste, allí callaba, al fin dormido. Estabas en tu sitio [. . .], vivías como un resucitado (Cernuda, 1975: 154)

Semejante plétora inunda el ánimo de Moreno Villa, que escribe: “México crece dentro de mí. Me encuentro lleno de México como debe sentirse una madre en su noveno mes.” (Moreno Villa, 1952: 70).

Tras el primer calor de resucitados, suceden más inevitables parangones, de una parte con España, y de otra con los Estados Unidos, de donde han venido. Es al cotejar algunos aspectos de la vida mexicana con la sociedad anglosajona, cuando se manifiestan diferencias sustanciales en el carácter y el pensamiento del sevillano y del malagueño. Baste un ejemplo: mientras para Moreno Villa la pobreza del indio mexicano es inquietante, y hasta le provoca un sentimiento de culpabilidad racial, “¿Es que ese semblante lleno de misterio abriga algo contra mí por lo que tengo de padre o elemento de penetración? ¿Esa tristeza secular, cuya curación se me antoja imposible, se debe a mí?” (Moreno Villa, 1952: 14), para Cernuda, la pobreza del indio está relacionada con su pasividad, y esa pasividad del indio le reconcilia a Cernuda con uno de los temas capitales de su poesía:

la indolencia. El poeta reflexiona sobre la dignidad de la pobreza, y halla en la postura pasiva del indio su propio ideal de existencia; entonces exclama: "Lástima que el azar no te hiciera nacer uno entre los suyos" (Cernuda, 1975: 153). La indolencia de Cernuda, como ideal poético-filosófico, se proyecta subjetivamente en la postura del indio, que Cernuda opondrá, con la violencia característica de su lengua, a la actividad capitalista de los países por donde ha vagado muchos años, Gran Bretaña y Estados Unidos:

¿Comprenderían aquí los industriales protestantes que la pobreza puede ser vocación orgullosa e intransigente[. . .].? Los protestantes, que cubren el mundo de fábricas (productivamente según parece) como se reirán de estas gentes que sólo cultivan en su pedazo de tierra unas flores (Cernuda, 1975: 125).

Parece que Cernuda, inspirado en otra vieja guerra, quiere romper una lanza en aras de la pobreza como un místico de los tiempos de la Contrarreforma, en clara pugna de valores norte-sur; riqueza-pobreza; anglosajón protestante-hispano católico, etc. Sin embargo, en el fondo, lo único que está expresando Cernuda es el dolor de largos años gastados en países extraños, donde nunca se sintió integrado.

Por su parte, Moreno Villa también escribe sobre la pasividad del indio, pero sus sentimientos, menos iracundos, vacilan entre la responsabilidad y la aceptación, por un esfuerzo de la inteligencia, de que se halla ante unos seres cuya concepción de la vida poco o nada tiene que ver con el viejo mundo de donde él procede. No hay en Moreno Villa ningún reproche contra el vecino anglosajón; antes bien, para él, el indio se distancia del mundo occidental, y atribuye este distanciamiento a un pretendido "carácter asiático," que nada tiene que ver ni con el español ni con el europeo:

Este hombre acurrucado que hunde o aprieta su cara contra las rodillas, ¿duerme o piensa? ¿Es que no le interesa el mundo que le rodea? (. . .) Un europeo no entiende cómo pueden sostenerse en ella [en la actitud de reposo] horas y horas. Lo que para el indio es descanso, para él sería tormento. (. . .) Surge entonces la imagen de Asia fenómeno frecuente en México. Y vemos palpable la diferencia que nos separa. Europa no puede ser quietud, ni pasividad . . . tal vez podríamos llegar a definir la civilización europea como voluntad de vivir en marcha perpetua ([Moreno Villa, 1952:] 46)

Y si Moreno Villa comprende la actitud del indio, está lejos de desearla como hacía Cernuda, y le parece ajena: "Es muy grato acurrucarse, tal vez hay también una verdad humana en esa postura que desdeña la acción a favor de la consunción por pasividad. Pero está muy lejos de nuestro estado de cultura" (Moreno Villa, 1952: 46).

Cernuda, por el contrario, parece de esos “seres sensuales” que, según palabras del propio Moreno Villa, dominan el profundo sentido de la pasividad: “al contemplarla [tal pasividad] nos acordamos del lagarto, del gato, y de otros seres sensuales que se inmovilizan bajo el sol cariñoso como convencidos de que todo lo demás es mentira” (Moreno Villa, 1952: 47). Efectivamente Cernuda está, como esa fauna que nombra Moreno Villa, convencido de que todo lo demás es mentira: “Este clima entre otras ventajas tiene la de indicar con más evidencia cuánto la vanidad y el aburrimiento contribuyen al exceso de actividad humana. Para vivir, ¿es necesario atarearse tanto?” (Cernuda, 1975: 134).

Claro está que Cernuda, a diferencia del observador Moreno Villa, personaliza la indolencia del indio, para hacerla coincidir con su indolencia poética, mezcla de hedonismo y pasividad. Además la actitud vital del indio, su elegancia natural, y sobre todo su indiferencia por la opulencia occidental, atraen toda la simpatía del sevillano. Siendo joven Cernuda, en España todavía, ya había expresado atractivo por la pobreza, entendida como un estado de dignidad desde el que nada se codicia. En su diario escribía el 2 de noviembre de 1934: “En la pobreza hay como una infancia . . . una pureza, una fuerza interior que tal vez sean los únicos elementos para la sociedad nueva” (Cernuda, 1975: 1416). Y seguía escribiendo en ese mismo diario:

Sí, la pobreza tal vez degrade a algunos, pero la riqueza vuelve estúpidos a todos. (. . .) ¿Degrada la pobreza . . . Aún tengo vergüenza ante aquel gesto de agradecimiento tan noble, tan humano, de un hombre que con su niño pedía limosna en Córdoba una mañana que pasé por allí. Vergüenza, digo, porque no lo merecía yo; me daba más, infinitamente más, no de lo que yo le di, sino de lo que hubiera podido darle (Cernuda, 1975: 1417).

Es sorprendente la semejanza de esas anotaciones tempranas en su diario, con lo que muchos años más tarde escribiría en *Variaciones sobre un tema mexicano*: “La pobreza puede engendrar brutalidad pero la riqueza tontería” (Cernuda, 1975: 128). También el mismo sentimiento de vergüenza —que es profunda piedad— que le invadiera en Córdoba frente a aquel mendigo, le conmueve en México con los mercaderes de flores: “Apenas compradas las flores quisiéramos dejarlas, con las monedas, en aquellas manos. El dinero, como alivio mínimo de la necesidad, las flores como tributo insuficiente a la dignidad de sus vidas” (Cernuda, 1975: 128). La miseria material se le figura poco a Cernuda, y le obliga a pensar en otra clase de miseria más dolorosa: “¿Puede hablarse de miseria ahí? [de la miseria del indio] Su miseria me hace tener en horror mis propiedades” (Cernuda, 1975: 148). El indio le parece a Cernuda libre de los afanes del hombre civilizado:

¿Codicia en realidad esas monedas que yo le puedo dar?. Su aceptación de ellas, ¿no es juego, una diversión, a la que se presta, sabiendo que el dinero es la patente, el pasaporte de ser humano que necesita para acercarse a nosotros [. . .]? ¿O no es por cortesía (estas gentes son terriblemente corteses) por lo que las acepta, conociendo que la fe en el dinero es nuestra ortodoxia y que ninguna otra nos queda? (Cernuda, 1975: 148).

Capítulo aparte merece el tema de la pobreza en Luis Cernuda. Es la cara oculta del dandy. Muchos han hablado del dandismo de Luis Cernuda, de su pasión por las camisas de seda, de su pulcritud rayando en lo cursi como, hasta el mismo Moreno Villa refiere en *Vida en claro*, pero nadie, que yo sepa, ha ponderado su fascinación por el hombre pobre, su radical piedad. El tema es interesante no sólo por lo que concierne al hombre, sino que ha de tenerse en cuenta la dignidad de la pobreza que Cernuda descubre en México para entender versos escritos por entonces en “Con las horas contadas”: “El Norte nos devora, presos en esta tierra/ la fortaleza del fastidio atareado,/ por donde sólo van sombras de hombres” (Cernuda, 1958: 297).

Más homogeneidad de criterios muestran Cernuda y Moreno Villa respecto a otros aspectos de la vida mexicana. El tema de la muerte entre los mexicanos llama especialmente la atención de los dos poetas, acaso porque, como Moreno Villa medita: “Vengo de un país donde ahora, más que nunca, la muerte no es un juego. Donde lo que se juega es la vida” (Moreno Villa, 1952: 92). De nuevo domina el telón de fondo de la Guerra Civil española, como poderoso fantasma en la mente de los exiliados, que contagia cualquier apreciación de la realidad, por alejada que esté en el tiempo y en el espacio del fatal momento del 1936. Frente a aquellas muertes reales que los dos recuerdan, entre ellas la trágica de García Lorca, la muerte en México parece, como expresa uno de los títulos en los capítulos de *Cornucopia de México*, “elemento sin importancia” (68). La razón de ese título la aclara Moreno Villa:

México es la primera nación en que he visto datos suficientes para sugerirla. Calaveras que comen los niños, esqueletos que sirven de recreo y hasta cochecitos fúnebres para encanto de la gente menuda. Ayer me despertaron con un llamado pan de muerto para que me desayunase (Moreno Villa, 1952: 68).

A similares conclusiones llega Cernuda, aunque de nuevo hay que decir que adapta el espectáculo de la realidad a las claves de su propio pensamiento poético, y del mismo modo que proyectaba su ideal de indolencia en la pasividad del indio, ahora proyecta el ideal socrático de la aceptación natural de la muerte en el modo como el mexicano la trata:

Más tarde, al ver entre los juguetes infantiles allí acostumbrados, y como uno de tantos, una muerte a caballo, [. . .] comenzaste a comprender. El niño entre cuyas manos la representación de la muerte fue un juguete, debe crecer con una mejor aceptación de ella, estoico ante su costumbre inevitable, buen hijo de una tierra más viva acaso que otra ninguna, pero tras cuya vida la muerte no está escondida ni indignamente disfrazada (Cernuda, 1975: 124).

Por otra parte, ambos poetas habían crecido en un ambiente de curiosidad intelectual profunda que se interesaba por todo aspecto de la vida, por ajeno que hoy pueda parecer al especialista moderno. Con ese interés filosófico amplio, meditan Moreno Villa y Luis Cernuda sobre la mirada del indio, su postura o manera de ocupar el espacio, sus trabajos, sus modales, etc. Es época en que un prurito antropológico casi infinito mueve los ánimos de muchos intelectuales, desde Sapir a Ortega y Gasset; esa actitud hace que ambas obras sen hagan eco de los temas más insospechados, y se aplique la razón, casi sin distinguos y con entusiasmo, a todo lo que forma parte de la vida de las sociedades. De gran interés es lo que los dos exiliados escriben sobre la lengua española en México. A fin de cuentas, la lengua era la condición básica que trasformaba la categoría de exiliado en “*transterrado*,” usando el neologismo creado por José Gaos; condición tanto más elemental cuanto que se trataba de dos poetas. No podían ellos dejar de manifestar su fascinación por oír hablar español allende el Atlántico, un español exótico, recuerdo en parte de la lengua de los siglos de oro, pero enriquecida con una melodía que no dejaron de alabar. Moreno Villa se expresaba con ese entusiasmo antropológico aludido: “Hay que acercarse al idioma español transoceánico como se acerca uno a un ser caliente y animado, no a un producto gramatical” (Moreno Villa, 1952: 17). Para él, las características peculiares del español mexicano obedecen a una dificultad secular para hablar una lengua que no era la propia: “El español en boca mexicana exige un análisis freudiano, que nos permita luego señalar[. . .] lo que había en el fondo del alma mexicana de peculiar y obstaculizador para pronunciar el idioma adoptado hace cuatro siglos” (Moreno Villa, 1952: 18). Ese quijotesco análisis freudiano bien pudiera caer sobre sí mismo: de nuevo parece que la realidad mexicana, hasta en su aspecto lingüístico, se percibe con referencia a la España de la Guerra Civil, y el desastre de esa contienda pasa a simbolizar por antonomasia lo peninsular y se proyecta sobre las más mínimas observaciones de la vida mexicana, en ventajoso contraste para la nueva cultura. La retórica de la guerra española ha distorsionado en ambos escritores hasta el recuerdo de la lengua; en oposición ejemplar, la dulzura de la lengua mexicana les fascina:

En la omisión de un «pues sí» o un «qué bueno» . . . está toda el alma mexicana. El tono con que se dicen tales palabras es capaz de desar-

mar y enternecer. Un español no puede dar esa nota de dulzura y de honda bondad humilde (Moreno Villa, 1952: 16).

Evidentemente no es que un español no pudiera dar esa nota de dulzura al hablar. Era que en sus mentes reinaba la imagen de un español desgañitado en la discordia. Tengo la impresión de que en otras circunstancias ni Cernuda ni Moreno Villa hubieran escrito de ese modo sobre las diferencias del español a ambos lados del océano. Ocurría, como el mismo Moreno Villa reconocía, que la guerra había traumatizado todo su ser: “España, esponja de sangre, ha borrado del pizarrón de mi memoria los juicios, los prejuicios y hasta la fé en mis propias percepciones” (Moreno Villa, 1952: 12). Por eso se solazaron en el español suave de los mexicanos. Cernuda abre su *Variaciones sobre tema mexicano* con palabras sobre la primera y más elemental de las atracciones que México podía brindarle:

Tras cruzada la frontera, al oír tu lengua, que tantos años no oías hablada en torno, ¿qué sentiste? Sentí cómo sin interrupción continuaba mi vida en ella por el mundo exterior, ya que por el interior no había dejado de sonar en mí todos aquellos años (Cernuda, 1975: 117).

En la lengua castellana hallaron ambos lo esencial de la continuidad de la cultura hispana, mientras para la vacua retórica nacionalista el mito del imperio seguía encendiendo los ánimos. El “imperio” que sintió el exiliado poco tenía de político, y mucho de lo que Cernuda escribe:

¿Cómo no sentir orgullo al escuchar hablada nuestra lengua, eco fiel de ella, y al mismo tiempo expresión autónoma, por otros pueblos al otro lado del mundo? Ellos, a sabiendas o no, quiéranlo o no, con esos mismos signos de su alma, que son las palabras, mantienen vivo el destino de nuestro país, y habrían de mantenerlo aún después que él dejara de existir (Cernuda, 1975: 117).

En medio de la tragedia del exiliado, el español contó con el especial privilegio de la América de lengua castellana. Ello hizo posible que el exilio cobrara una dimensión atípica, y se ahondara en la propia historia como nunca antes. Nuestros dos andaluces fueron muy conscientes de ese descubrimiento; sus obras son el mejor testimonio de ello. Dos personalidades tan distintas entre sí como Moreno Villa y Cernuda, coincidieron poderosamente en su percepción de México por las dos razones fundamentales que se han expresado aquí: primero por la familiaridad y rara admiración de Cernuda por la obra de Moreno Villa que sin duda le influyó, y, segundo, por la enorme comunidad de circunstancias que compartieron. En ambos desató México su vena más lírica, para cantar al remoto arcano del destino que, desterrados de España, los traía a “otra España” cultural indeleble; a ese destino misterioso se refería Moreno Villa en sus versos:

No vinimos acá, nos trajeron las ondas. [. . .]
 Fué la borrasca humana, sin duda, pero tú,
 que buscas lo más hondo, sabes que por debajo
 mandaban esas fuerzas, ondulantes y oscuras,
 que te piden un hijo donde no lo soñabas,
 que es pedirte los huesos para futuros hombres (Moreno Villa, 1976:
 259).

Y Cernuda, no menos impresionado por las inexorables disposiciones del destino, meditaría más de una vez sobre aquel asunto del que escribía, en carta temprana de 1927, a su amigo Higinio Capote: “[. . .] por cierto que una portorriqueña muy simpática me dijo una cosa que me han dicho también varias veces, o sea, que no parezco español, que me creía americano del sur. ¿Absurdo?” (López Estrada, 1964: 16).

En suma, el tema de México en ambos poetas, merece un estudio detallado; pueden escribirse muchas más páginas todavía descubriendo una profusa serie de motivos comunes en la obra de ambos andaluces. Esos motivos pueden seguir explicándose a la luz de los prejuicios que la Guerra Civil española creó en esas dos personalidades, o pueden alumbrar también, como se ha señalado aquí con el tema de la indolencia y la pobreza en Cernuda, la relación de sus ideales poéticos con la realidad que descubrieron en México. Pero, en cualquier caso, creo que cualquier estudio que considere el tema de México en Luis Cernuda, tendrá que contar con la influencia de Moreno Villa en su obra.

University of California,
 Los Angeles

OBRAS CITADAS

- Cernuda, Luis. *Prosa completa*. Edición de Derek Harris y Luis Maristany. Barcelona: Barral Editores, 1975.
- _____. *La Realidad y el Deseo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958. 3ª ed.
- López Estrada, Francisco. “Estudios y cartas de Cernuda (1926-1929).” *Insula*, 207, Febrero 1964: 3, 16-17.
- Moreno Villa, José. *Cornucopia de México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1952. 2ª ed.
- _____. *Vida en claro*. México: Fondo de Cultura Económica, 1976.